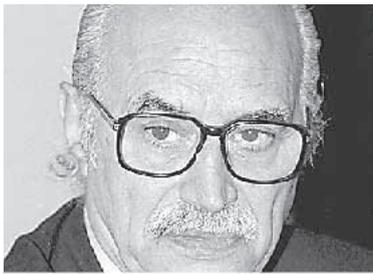


## LA IMBECILIDAD

Los peligros de la idiotez gobernante no suelen venir de idiotas. Éstos no pueden engañarnos haciéndonos creer que son personas inteligentes. Pero es casi inevitable que las pasiones de poder de los listos les



migo y perjudicarás a un amigo. Este modo idiota de pensar, que escandalizaría a Emerson y Gramsci, deriva de una falta de seguridad en tu propio juicio y de una falta de confianza en ti mismo. O sea, de un complejo de infe-

rioridad.

No pienso, sin embargo, que la decisión de Zapatero sea la adecuada a la prudencia política, aunque responda a las exigencias de esa imprudente virtud de humildad gobernante que nada ni nadie le pide. Al remitir la retirada de las tropas a la fecha de caducidad del envío y a la presencia de la ONU, Zapatero ha eliminado el efecto estético (catarsis) y moralmente conmovedor que habría tenido, por ejemplo, la promesa incondicional de traer los soldados a los dos meses. Plazo más que suficiente para reemplazarlos por los de otro país de la alianza y un modo previsor de evitar la ingerencia en los asuntos españoles de los Kerry y los Powell.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

hagan pensar como tontos o, cuando menos, decir tonterías que puedan despistar incluso al sentido común de la filosofía escocesa. Es lo que hoy sucede a gran escala respecto de la retirada de las tropas españolas en Iraq.

Antes del atentado terrorista en Madrid, la inmensa mayoría de la población había manifestado su voluntad contraria a la invasión de Iraq y su deseo de que España no participara en las tareas militares inherentes a la ocupación extranjera. Contra la voluntad de los gobernados, el Gobierno Aznar se alió con los dos invasores, y les ayudó con un pequeño contingente. El candidato del PSOE, Sr. Zapatero, se comprometió sin ambigüedad a retirarlo si fuera elegido presidente. Y tres días antes de su elección ocurrió el 11-M.

La manifestación del pueblo español entero, sin saber aún la identidad de los autores, fue inequívoca en el rechazo de todas las causas terroristas. Horas antes de las elecciones cundió la indignación nacional contra el terrorismo fundado en la ocupación de Iraq. Tras su victoria, Zapatero reitera su promesa de retirar las tropas, si la ONU no asume la seguridad. El candidato demócrata, Kerry, le pide que retire su palabra porque los terroristas no pueden ganar. Para el Departamento de Estado y la prensa de EE UU y Japón, la retirada de esas tropas sería una victoria del terrorismo. Para muchos españoles, una claudicación de España ante el terror islámico como la de Cataluña-Carod ante ETA.

¿Es decente pedir a Zapatero que no cumpla su compromiso electoral ante el pueblo español? ¿Debe éste renunciar a su victoria moral para que no la disfruten los criminales de Atocha entre los que no hay un iraquí? ¿No borra la decisión de Zapatero la mala imagen de España ante las masas mundiales que se movilizaron, incluso en EE UU, contra la guerra de invasión? ¿Influye en la seguridad de Iraq la retirada del 0,3 % del ejército ocupante? ¿Ha ofrecido Zapatero algo al terrorismo islámico para que deje de atentar en España? ¿Es coherente condenar la invasión militar y defender la continuidad de tropas españolas de ocupación? ¿No están demostradas las mentiras de Aznar para justificar su expedición militar? Si el terrorismo no puede decidir la política exterior de España, como el 11-S decidió la de EE UU, ¿por qué el 11-M debe quebrantar la de Zapatero? Si éste no cumpliera su promesa, el terrorismo lo habría doblegado.

La imbecilidad consiste en creer que todo lo que beneficia a un interés contrario al tuyo te perjudica. De ser cierto, jamás se habría celebrado un contrato de compraventa. La suma imbecilidad consiste en renunciar a un beneficio propio para que tu enemigo no se haga la ilusión de que lo has favorecido. La gran imbecilidad consiste en abstenerte de hacer tu propio juego, ante la seguridad de que hagas lo que hagas favorecerás a un ene-

## TAMBIÉN SE MUERE EL MAR

Hace ya treinta y cuatro años que Alvin Gouldner describía así la situación de su tiempo: «Los teóricos sociales de la actualidad trabajan dentro de una matriz social que se derrumba, con centros urbanos paraliza-



Todos ellos contribuyeron a socavar la aparente confianza en los Gobiernos y sacaron a la luz pública los conflictos que subyacían al aparente consenso en torno a los valores básicos de la convivencia. Pero Gouldner exageraba hasta el pa-

roxismo. A pesar de la precaución que suponía afirmar que «las picas» de estas rebeliones no atravesaban la piel del viejo orden, su descripción de centros urbanos paralizados y universidades arrasadas conectaba con un apocalipsis inexistente. De hecho, el consenso volvió a ser real pocos años después y en su forma más negativa. Coincidiendo con la recomposición del pensamiento conservador y con la pretensión de crear un modelo neopluralista de democracia en el que primaba la justificación y el aplauso hacia la ausencia de participación ciudadana en los asuntos públicos. Cuanta menos participación, mayor democracia. Cuanto mayor democracia inestable, desbordada por demandas y promesas inatendidas. Como las «Plegarias atendidas» de Truman Capote. Como la nada redonda y sin aristas que veía Borges en el pensamiento barroco.

Sin embargo, del propio núcleo neoconservador brota, con adornos liberales y progresistas, el modelo de democracia participativa. Durante casi media centuria, el desarrollo de la teoría de las élites y el principio de la democracia participativa polarizaron el análisis democrático con diversas modulaciones. Ninguna de ellas atravesaba la piel del viejo orden. Ninguna cuestionaba su legitimidad. Ante el surgimiento de ciertas tesis de la vieja izquierda que clamaba sobre la crisis de participación en las democracias avanzadas, que estaban desembocando en ficciones democráticas con profundo sabor a oligocracias cada vez más reducidas, peligrosamente proclives a un autoritarismo sin principios ni responsabilidades, el neoconservadurismo hizo hincapié en la «ingobernabilidad» de la democracia. Una mayor participación de los ciudadanos en la vida pública daría al traste con los propios cimientos de la democracia liberal. Es cierto que la conversión del súbdito en ciudadano es una promesa clásica de la democracia que, como objetivo, debe seguir figurando en el santoral democrático. Pero si se quiere preservar la democracia existente, es preciso reducir las demandas ciudadanas y realizar una honda privatización de los servicios básicos del Estado del bienestar. ¿Cómo se reducen esas demandas? Si falla la ingeniería del consenso y los líderes de la nueva contestación no admiten la fatal existencia de hipotecas y servidumbres propias de la condición humana, queda la represión. En lugar de «poner bridas a las pasiones del soberano», como decía Buchanan, poner grilletes en las gargantas de los nuevos tribunos de la plebe. Si el mecanismo represor falla, habrá que buscar soluciones más radicales en los océanos del terror. Son inacabables. Claro que no se puede olvidar la sabia máxima de nuestro Federico García: «También se muere el mar». No tiene nada que ver con el poder fáctico que llora don Aznar.

Fernando JÁUREGUI

## TAMBIÉN LLORÉ

Madrid había amanecido llovido, triston. Era día de funeral, gris, y el tiempo acompañaba. La ciudad estaba ahíta de tráfico, calles cortadas, sirenas con mandatarios extranjeros que iban y venían. Sé que la crónica exacta del funeral por las víctimas del 11-M, nuestros héroes, admite muchos matices: quién estaba, quién no, cuántos obispos, cuántos cardenales, la organización. Si fue o no (yo creo que no) lo suficientemente ecuménica la ceremonia en la catedral de La Almudena, que pronto será testigo de acontecimientos más alegres. El valor político de algunas presencias y las ganas de figurar de alguno. Cosas, ayer, menores. Telespectador absorto (cualquiera se acercaba por allí, con la obligada limitación de movimientos de los transeúntes, aunque lleven, que no a todos se la dieron, credencial de periodista), quedé fascinado por la emotividad de la cosa. Claro, allí estaban, destrozadas, las familias, que tanto han perdido, de los casi doscientos

muerdos. Y de quienes quedarán lesionados para siempre. Cuando los Reyes, y sus hijas, y doña Letizia, recorren, fila a fila, los rostros y los abrazos de esos familiares, la frialdad de un funeral se quiebra y entra a raudales la humanidad. Hubo gestos desabridos y ese es el valor de la mano tendida, que a la mayoría le sirvió, se veía, de no escaso consuelo. Ví al Príncipe, abandonado todo hie-ratismo, angustiado ante la angustia, y a Urdangarín, el rudo deportista de dos metros, llorando sin recato. Sí, confieso que yo también derramé, pérdida la necesaria frialdad crítica del espectador que luego será cronista, alguna lágrima. Y se me echaron encima las imágenes de hace dos semanas, que nos han dejado sin dormir, de tanta rabia que provocan. Nunca más, nunca más.



### REBOREDO Y SAÑUDO



REBOREDO + SAÑUDO '04

Joaquín NAVARRO